
EL MEDIO SOCIAL COMO ESTRUCTURA PSICOLÓGICA. REFLEXIONES A PARTIR DEL *MODELO ECOLÓGICO* DE BROMFENBRENNER

FRANCISCO PÉREZ FERNÁNDEZ
Universidad Camilo José Cela

e-mail: fperez@ucjc.edu

RESUMEN

El asunto del medio social como estructura psicosocial debiera plantearse desde el ámbito perceptivo, entendiendo en este caso el vocablo percepción en un sentido amplio que englobaría tanto los aspectos endógenos (fisiológicos), como los exógenos (sociológicos). Debe reconocerse que la amplitud de este enfoque bien podría resultar inabarcable, y sin embargo, desde las investigaciones antropológicas llevadas a término por Rivers (1901), tampoco es lícito suponer que sea posible otro tratamiento en la medida que resultaría incompleto en el terreno epistemológico. En este artículo se pretende un posible planteamiento teórico global -y manejable- para el estudio de la estructura psicológica de las las relaciones sociales. Se partirá para ello de las propuestas ecológicas de Urie Bronfenbrenner (1971), al parecer olvidadas en la

ABSTRACT

The problem of society like psychosocial structure should be explained from perception in a big perspective, like a continuum between physiological and sociological processes. Of course, that great amplitude is the problem of this proposal. Despite of it, from the anthropological investigation done by Rivers (1901), the others treatments of the problem are not a valid option because they are theoretically incomplete. The aim of this paper is to propose a great theoretical space -but possible- to study the psychological structure of social relationship. The vision is based in Urie Bronfenbrenner's (1971) ecological proposals. An interesting model forgotten today, but valid and useful in present times.

actualidad, pero no por ello menos interesantes y valederas.

PALABRAS CLAVE

Psicología Social, comportamiento, epistemología, Psicología Ecológica, Bronfenbrenner.

KEY WORDS

Social Psychology, behavior, epistemology, Ecological Psychology, Bronfenbrenner.

INTRODUCCIÓN

Enrolado en 1898 en una expedición etnográfica en el Estrecho de Torres (Rossi y O'Higgins, 1981; Pinillos, 1975), Rivers decidió comprobar qué clase de reacción tendrían los individuos de una *comunidad primitiva* frente, por un lado, a las ilusiones ópticas de Müller-Lyer y, por el otro, a las famosas paradojas de horizontalidad-verticalidad. El resultado del experimento indicó que los nativos respondían a los problemas planteados de un modo muy diferente al que lo haría un europeo. Dedujo que ello se debía al ambiente diverso en el que unos y otros desarrollaban su actividad vital y, con ello, puso uno de los primeros y más sólidos peldaños de la investigación ambiental que el tiempo no ha hecho otra cosa que corroborar y matizar: La idea de que los hábitos perceptivos del sujeto se desarrollan en función de su validez ecológica. La hipótesis, por supuesto, no admite discusión en el caso de los animales dado que sus esquemas perceptivos están muy determinados por el medio físico y, claro está, se encuentran en función del mismo. En otras palabras, el animal pierde en el terreno racional lo que gana en adaptación a su nicho ecológico. Pero, contrariamente a lo que se pueda suponer, en el caso del ser humano la cuestión no está tan clara y el problema es de complicado discernimiento pese a los alentadores discursos de los partidarios de los modelos biologicistas y mecanicistas en psicología: Las barreras entre la estricta percepción fisiológica y la percepción social se difuminan. En el ser humano, junto con su constitución orgánica y las posibles influencias del medio sobre ella, existe un patrón de carácter cognoscitivo-interpretativo que implica, sobre todo, que no existe pasividad ante el entorno. Se elimina con ello la posibilidad de una respuesta basada exclusivamente en los estímulos del mundo circundante.

Pensemos ahora en la vida urbana. Junto al medio geométrico que define la estructura de toda ciudad y que prefigura cierta forma de entender la realidad física, deben darse otros focos perceptivos –e interactivos– que complican toda inves-

tigación posible de un modo radical: El medio en el que todo ciudadano desarrolla su actividad diaria es hartamente complejo. El sujeto de la urbe no es, simplemente, un consumidor de ambientes físicos sino también un degustador de ambientes sociales que le obligan a regular continuamente sus propias conductas y, evidentemente, a evaluar las de aquellos otros que le rodean. Comienza de este modo un juego laberíntico en el que importan cuestiones como la percepción de personas o grupos, las modas, la historia del sujeto, la cultura, el estatus, el *self*, los estereotipos. Bien sabido es que no basta con *ser* y *sentirse* algo porque también hay que *parecerlo* de cara a los demás. Por decirlo de un modo simple; el sujeto se siente y autopercebe de cierto modo específico, pero debe utilizar constantemente –a modo de *feedback*– el mundo que le rodea como si se tratara de un espejo. De este modo, el entorno físico-social en el que se inserta es el inevitable punto de referencia desde el que se configura su propia noción de realidad.

EL MEDIO URBANO COMO ESTRUCTURA SOCIAL

La vida en una ciudad parece realmente simple si se contempla desde el sentido común, y esa impresión se debe básicamente a su aspecto rutinario. El ciudadano encuentra que su vida está organizada prácticamente hasta el más nimio detalle. Incluso se disfruta del tiempo libre de una forma masificada, repetida mil y una veces en otros tantos sujetos. Lo que esa uniformización de la dinámica vital nos lleva a comprender es que la ciudad ofrece a todos y cada uno de sus habitantes una idéntica gama de ofertas. Ciertamente podríamos entrar en una discusión inacabable sobre este detalle si consideramos, por ejemplo, que no todos los individuos poseen el mismo nivel económico. Pero esa dinámica no tendría sentido y, por lo demás, siempre podría demostrarse que dentro de cualquier nivel imaginable, las opciones posibles son las mismas. Pero despachar el asunto tan fácilmente no es útil de cara a una explicación profunda del problema que nos ocupa.

Bajo ese barniz de lo rutinario subyace una compleja e intrincada red de fenómenos externos al individuo que van a generar en él multitud de procesos y estados internos. Las explicaciones sociológicas y antropológicas (Boas, 1911; Morris, 1969; Inglehart, 1991) nos dicen desde hace decenios que toda forma de vida en grupo impone esquemas o modelos rígidos de conducta *admisibles* o *socialmente aceptados* por la comunidad. No es esa clase de esquemas, sin embargo, la que nos compete aquí. Nos interesa conocer, ante todo, lo que el sujeto sometido a ellos realiza para adaptarse a ellos y desarrollarlos con la habilidad que las exi-

gencias ambientales requieren. Esto es así porque bajo la vida aparentemente rutinaria de la ciudad subyace una enrevesada estructura de esquemas que sólo ofrecen flexibilidad a medio o largo plazo puesto que cambian en la medida del tiempo histórico, bien por el surgimiento de nuevos movimientos sociales, bien por nuevos diseños administrativos. Esta estructura consta de dos tipos de elementos: *físicos y sociales*.

Como su nombre indica, los *elementos físicos* sólo pueden hacer referencia, y ejercer influencia, por una parte, sobre lo que ha dado en llamarse *calidad ambiental o calidad de vida* (polución, higiene, calidad de la vivienda, etc.). Por otro lado se encuentran en estrecha relación con lo que bien puede conocerse como *factor estratégico* de la ciudad; el trazado urbano, su diseño y su funcionalidad. En la otra parte nos quedan los *elementos sociales*. Tales serían el estatus particular del individuo, la clase en la que se inserta, los roles que desempeña y, obviamente, los *modelos de comportamiento* que rigen en el medio. Estos últimos poseen una gran importancia puesto que van a ser los que constituyan de un modo claramente consciente los *parámetros de realidad del sujeto*, es decir, el espejo en el que se mira una y otra vez para manejarse con habilidad en un momento dado. Ni que decir tiene que estos modelos se constituyen desde tres vertientes bien diferenciadas:

1. *La ley vigente*. Que pretende garantizar una disciplina que satisfaga las exigencias impuestas por la necesidad de una convivencia aceptable.
2. *Las normas*. Tales serían las que el individuo se impone a sí mismo y las que de un modo directo o indirecto le imponen aquellos que le rodean (las normas del grupo familiar, el grupo de amigos, las relaciones laborales, el buen trato con los otros... etc.). Ni que decir tiene que las primeras y las segundas pueden entrar, y de hecho entran, en conflicto con asiduidad (anomia).
3. *Las creencias y valores* aceptados por el común del espectro social. El individuo puede pertenecer a un grupo minoritario cuyos valores y creencias se opongan sistemáticamente a las de la mayoría y, claro está, en esa oposición encontrará una gran cantidad de conflictos.

Lo cierto es que el ciudadano se pasa la vida batallando en cada uno de los dos frentes descritos. Cierto que esa *guerra* no sólo se desencadena en el ambiente urbano pero tampoco es menos verdad que en medio de la vida urbana esa confrontación es mucho mayor que si se vive aislado en una casa de campo. El hecho

es que nos pasamos la vida readaptándonos biológica y psicológicamente a un medio que, independientemente de su grado de hostilidad –porque no siempre lo estamos *pasando mal*–, nos presenta continuas demandas que satisfacer.

Ovejero-Bernal (1990), define con acierto al hombre como “un animal social con un claro predominio de lo social sobre lo animal. En la medida en que el hombre es menos animal es también más social y, por tanto, más hombre”. Ello motiva que, fundamentalmente, la relación del ser humano con los otros sea el motivo de sus más gratas satisfacciones y, por supuesto, de sus más tremendas desdichas: “Muchas personas son solitarias e infelices y algunas son enfermos mentales debido a que son incapaces de establecer y mantener relaciones sociales con otros. Muchos encuentros cotidianos son desagradables, embarazosos o infructuosos debido a un comportamiento social inadecuado. Los conflictos entre diferentes clases sociales y diferentes grupos culturales se deben en parte a las dificultades de interacción” (Argyle, 1984).

Una conducta se considera socialmente competente y adecuada dependiendo del contexto social en el que se inscribe. Esto significa que para poder analizar conductas hemos de conocer el contexto sociocultural específico en el que la conducta a estudiar se inserta. Por ejemplo, la puntualidad es algo ineludible si se desea obtener un trabajo en algunos países pero, sin embargo, esa exigencia no existe –u ocupa un lugar secundario– en otros. Dos elementos clave del contexto sociocultural que nos pueden abrir paso hacia su estudio podrían ser los siguientes:

- 1. La especificidad cultural:** “El énfasis en las normas sociales va más allá de los determinantes situacionales hasta llegar a los determinantes culturales de las conductas sociales. Los estudiosos de las habilidades sociales, particularmente en Europa, han reconocido la naturaleza específicamente cultural de su trabajo y, por tanto, la no aplicabilidad de ciertos criterios y técnicas a otras culturas” (Furnham, 1985). No obstante, aún existen muy pocos estudios transculturales sobre el déficit en las habilidades sociales que nos permitan establecer paralelismos y divergencias sólidos entre diferentes culturas. Los que hay (Rims, 1976; Spinks y Moerdik, 1980; Hall y Beil-Warner, 1978 o Magnusson y Statin, 1978) permiten sostener la idea de que las habilidades sociales son específicas culturalmente hablando.
- 2. Rol sexual y habilidad social:** Si la conducta socialmente hábil de un individuo está en relación con el contexto social de la interacción personal, es lógico suponer que existen normas sociales específicas que regulan lo que podríamos considerar *conducta social apropiada* en diferentes

situaciones. Los valores sociales sugieren conductas diferentes para distintas edades, sexos o profesiones así como para subculturas distintas. En el pasado, cuando los roles de interacción prescritos para los individuos no eran ambiguos, todos sabían muy bien qué clase de conductas se esperaba de ellos en ciertos momentos. Pero eso se ha perdido en la compleja y cambiante sociedad de nuestros días en la que, frecuentemente, tanto los hombres como las mujeres desconocen cuáles son los comportamientos adecuados a su rol en determinadas situaciones. (Bronverman *et al.*, 1979; Solomon y Rothblum, 1985; Trower, 1982).

EL MODELO ECOLÓGICO DE BRONFENBRENNER

“El ambiente ecológico [indica Bronfenbrenner (1971)¹ al referirse a la ecología del medio social] se concibe como un conjunto de estructuras seriadas, cada una de las cuales cabe dentro de la siguiente, como las muñecas rusas. Esta concepción de la realidad psicosocial contraría el supuesto de los esquemas clásicos. Estos interpretan el medio social como una concatenación ambientes independientes que operan de forma similar a compartimentos estanco que se relacionan de suerte más o menos compleja los unos con los otros. Esa concepción teórica –mayoritaria a la hora de plantear cualquier tipo de investigación–, desvirtúa la auténtica realidad del problema y suele dar a los datos una dimensión equívoca y poco ajustada de la realidad. A fin de salvar esta contingencia precisamos de una explicación acorde con esa complejidad cosa que sólo es posible desde un artefacto teórico capaz de aprehenderla en mayor o menor medida. Eso es precisamente lo que encontramos en el modelo proporcionado por Urie Bronfenbrenner hace más de treinta años. Sin embargo, parece no habersele prestado la necesaria atención por razones de la índole diversa. No obstante, debe realizarse una salvedad antes de continuar: Su autor pensó la propuesta desde un enfoque evolutivo, para abordar estudio del desarrollo infantil a través de la interrelación con el medio circundante. A nuestros efectos esta cuestión es secundaria, si bien entendemos que con las precisas modificaciones conceptuales, el modelo es perfectamente aplicable y productivo de cara a nuestros objetivos.

En principio, Bronfenbrenner plantea la situación de las *muñecas rusas* con la definición de tres niveles concéntricos:

¹ Todas las citas de Bronfenbrenner que se harán a partir de aquí han sido tomadas de este trabajo.

1. **Nivel interno:** Entorno inmediato que contiene a la persona (casa, clase, oficina, etc.). Este, al menos en apariencia, es conocido y dominado por los investigadores aunque, en realidad, hay más aspectos poco claros en él de lo que podría parecer a simple vista.
2. **Segundo nivel:** Relaciones entre los diferentes entornos inmediatos (terreno más desconocido en la investigación). Son tan decisivas para el individuo como los acontecimientos vividos directamente en el primer nivel. Por ejemplo, para el niño que aprende a leer es tan importante la forma de enseñarle como las relaciones que puedan existir entre la escuela y el hogar.
3. **Tercer nivel:** El más lejano de todos. Se basa en la hipótesis de que la acción de los sujetos depende o se ve afectada por hechos y decisiones tomadas en lugares en los que la persona ni siquiera está presente. Por ejemplo, la actividad de conducir un vehículo puede verse seriamente afectada por la decisión administrativa de cerrar una calle al tráfico rodado.

Habría un fenómeno que se daría claramente en cada uno de los tres niveles descritos y que, en suma, ayudaría a detectarlos y diferenciarlos: En toda cultura o subcultura, los entornos de una determinada clase (como el hogar, la calle o la oficina) tienden a ser muy parecidos, mientras que entre diferentes culturas se presentan disimilitudes perceptibles. De ello se deduce que dentro de cada sociedad o subcultura ha de existir algo similar a un plan delineado para organizar cada tipo de entorno. Además ese plan puede cambiarse, con lo cual resultaría que la estructura de los entornos de una sociedad puede verse alterada de forma notoria y provocar cambios a posteriori en lo que respecta a la vida diaria de los sujetos. Bronfenbrenner se mostró plenamente consciente de que un modelo teórico capaz de observar una variedad tan amplia de factores tiene que satisfacer, por sus propias características, varias necesidades importantes:

- a. Rigurosidad metodológica.
- b. Capacidad para proporcionar formas de control de su validez.
- c. Resultar permisivo en el sentido de admitir resultados contrarios a las hipótesis formuladas por el investigador.

Según se propone en el esquema de partida, el ambiente se representa de forma muy diferente a las formulaciones habituales del mismo en los dos sentidos que se detallan a continuación:

- **En cuanto al contenido.** Esta orientación asume una vertiente teórica (frecuentemente alabada en las ciencias sociales, aunque raramente puesta en práctica en la investigación), que se ve traducida en términos operativos. Se trata de una idea sencilla: Lo que importa para la conducta es el ambiente tal y como es percibido más que su *ser* en la llamada realidad objetiva. Por ejemplo, hay claras evidencias de que la conducta de niños y adultos es diferente en condiciones de experimentación de laboratorio y en la vida real. Tales diferencias explican a su vez los distintos significados que esos ambientes tienen para los participantes según sea su medio social y experiencia personal.
- **En cuanto a su estructura.** Frente a los modelos de investigación habituales, los ambientes ahora no se analizan en función de variables lineales sino en términos de sistema. Los sujetos no se comportan solos sino *en relación a*. De este modo, la capacidad de un entorno para funcionar correctamente como contexto de acción depende de la existencia y la naturaleza de las interconexiones sociales entre los diferentes entornos. Ello incluye la participación conjunta, la comunicación y la existencia de relaciones en un entorno con respecto al otro.

Por otra parte, la posibilidad de establecer relaciones entre los diversos entornos anteriormente señalada depende básicamente de dos cosas:

1. Que existan los cauces adecuados para ello o no.
2. La frecuencia de aparición de tales cauces en una cultura o subcultura dadas. Esta puede cambiar y aumentar con la adopción de políticas y costumbres oficiales adecuadas para tal fin.

Llegados a este punto, la transformación teórica es evidente y permite a Bronfenbrenner lanzar su primera crítica contra los modelos clásicos: “Una concepción teórica del ambiente como algo que va más allá de la conducta de los individuos y que incluye sistemas funcionales tanto dentro como entre entornos, sistemas que también pueden modificarse y expandirse, contrasta ampliamente con los modelos de investigación vigentes. Estos modelos establecidos se caracterizan por emplear una lente científica que restringe, oscurece, y aun ciega la visión que tiene el investigador de los obstáculos y las oportunidades del ambiente, y del notable potencial de los seres humanos para responder de una manera constructiva a un medio compatible ecológicamente, cuando lo encuentran. Como consecuencia, las capacidades y los puntos fuertes del hombre tienden a subestimarse”.

Concretando lo dicho hasta el momento, las diferentes estructuras del ambiente podrían quedar resumidas tal y como se detalla a continuación (la nomenclatura es del propio Bronfenbrenner):

1. **Microsistema.** Complejo de relaciones que se dan entre las personas de un entorno, relaciones e interconexiones que influyen indirectamente sobre el sujeto que actúa dentro del mismo (existe un principio de interconexión dentro de los entornos).
2. **Mesosistema.** Complejo de interconexiones entre los diferentes entornos en los que la persona en participa realmente.
3. **Exosistema.** Complejo de interconexiones que se dan entre los ambientes en los que la persona no entra ni está presente, pero en los que se producen hechos o se toman decisiones que afectan directamente a esa persona.
4. **Macrosistema.** Complejo de sistemas seriados e interconectados de una determinada cultura o subcultura.

Las estructuras reales del micro-, el exo- y el mesosistema tienden a ser similares, como si estuvieran constituidas por el mismo patrón maestro. También funcionan de manera parecida. No obstante, entre grupos diferentes (culturas o subculturas diversas) ese patrón genérico es también diferente y ello, según nuestro criterio, nos lleva a decir que existen propiedades ecológicas concretas en el seno de cada contexto social.

EL MICROSISTEMA

Es conocido y asumido desde los estudios de Lewin (1935) y la formulación de su célebre *teoría del campo*, que la conducta o actuación del individuo en un momento dado es producto de su interacción con un ambiente específico [Conducta = función (persona-ambiente)]. Ello debe hacernos pensar que la psicología definida como *ciencia de la conducta* daría a la parte independiente de la ecuación una sustancial importancia. Dicho de otro modo, que se investigaría pormenorizadamente a la persona, al ambiente y a la interacción entre ambos. Pero no es así y basta realizar un repaso de los textos clásicos y contemporáneos para darse cuenta de ello. Generalmente se da, y así lo expresó Bronfenbrenner, una *hipertrofia* de la teorización y la investigación de las propiedades de la persona y tan sólo una

caracterización rudimentaria del ambiente. Este es un atolladero común de la investigación ambiental del que parece que no se ha podido salir todavía.

Es por ello que las interpretaciones de los efectos ambientales sobre los sujetos se expresan en lo que Lewin llamó *términos teóricos de clase*. De tal manera, las diferencias que se observan nítidamente entre personas procedentes de uno u otro entorno se *explican* como simples atributos del entorno de procedencia en cuestión. Incluso, cuando se describe el ambiente, se hace en función de una estructura estática, rocosa e inmutable que no hace concesiones a los procesos de interacción que se producen y *por medio de los cuales se instiga, apoya y desarrolla la conducta de los participantes*. Además, todas estas elaboraciones se realizan a partir de resultados extraídos en condiciones de laboratorio –o muy similares a las que se darían en un laboratorio– lo cual anula el impacto que el ambiente pudiera tener sobre las conductas que se analizan.

Todas las actividades molares, es decir, las actividades de los demás, son formas de conducta. Pero, en opinión de Bronfenbrenner, no todas las conductas son formas de actividad molar porque no todas las conductas tienen la misma significación para los sujetos ni influyen en ellos de igual manera. De hecho, muchos comportamientos son tan efímeros que poseen una importancia mínima y otros, aunque duraderos, carecen de significado para las personas que participan del entorno y carecen de importancia. Pongamos un ejemplo: Cuando un sujeto está aprendiendo a conducir lo realmente importante es la propia conducción, así como las enseñanzas que el profesor intenta transmitirle (la actividad molar), pero no la forma que el profesor tiene de sentarse en un momento dado. De este modo, lo que destaca en toda actividad molar son dos elementos:

1. Persistencia temporal.
2. Prominencia en el campo fenomenológico de la acción en curso y de las otras personas presentes en el entorno.

Luego:

Actividad molar = Proceso continuo y progresivo

Actividad molecular = Un simple acto

Las actividades molares, según indica Bronfenbrenner, se caracterizan también por tener *un momento propio*, es decir, un sistema de tensión que contribuye a su persistencia en el tiempo hasta que se completa la actividad. Dicho momento se produce por la existencia de la intención. La intención no es otra cosa que el deseo de hacer lo que se hace ya sea por ello en sí o para obtener algún fin. Hay casos en los que no

existe una intención consciente pero, precisamente, en ellos la intención se hace notar por su ausencia. De esta guisa, las actividades varían según el grado y la complejidad de los motivos u objetivos por los que se ponen en marcha. Tal variación encuentra su reflejo en dos dimensiones adicionales de carácter fenomenológico:

1. **Perspectiva temporal.** Depende que el actuante perciba la actividad como si se produjese sólo en el presente inmediato (al participar en ella), o como parte de una trayectoria temporal más amplia que puede prolongarse hacia atrás en el pasado, o hacia delante en el futuro.
2. **Meta estructurada.** Depende de la anticipación temporal en muchos casos, dado que puede percibirse como un curso único de acción (abrir un cajón para extraer un objeto que necesitamos), o bien, como incluida en una secuencia de pasos o submetas que forman parte de una previa planificación de etapas (entrar en un librería para comprar un libro que debe estudiarse para aprobar un examen).

Todavía es capaz Bronfenbrenner de encontrar una tercera dimensión en la que es posible detectar una variación dentro de una actividad molar: En la medida en que pueden *invocar* objetos, personas y hechos que *no están en realidad presentes* en el entorno inmediato (narraciones, conversaciones... etc.). Se produce mediante este proceso una expansión del mundo fenomenológico del actuante más allá de la situación inmediata. Puede hablarse, de tal modo, de una ecología de la vida ambiental ya que el sujeto puede crear mesosistemas mentales.

Las relaciones con los demás se constituyen como otro elemento del microsistema que aumenta la complejidad de análisis de las experiencias dentro del entorno. Muchas actividades molares pueden realizarse en soledad pero otras tantas exigen de la instrucción *de* o *con* los demás. Al principio, en los primeros momentos del aprendizaje de ciertas actividades –algo que se da con especial frecuencia en la infancia pero que en absoluto es privativo de ella– estas interacciones suelen ser *diádicas*, esto es, referidas a una sola persona por vez. Pero pronto son más complejas y la interacción habitual amplía el número de personas, dándose lo que habitualmente se conoce como *sistema N+2*. A medida que el sujeto es capaz de establecer por sí mismo complejas relaciones interpersonales dentro de un ambiente específico se refleja un principio importante para la acción humana pues, en la misma medida expansiva, el individuo se hace capaz de participar en el ambiente y, por tanto, de modificar y aumentar su estructura y contenido. Por último, a medida que se amplían estas capacidades, el sujeto se hace capaz de desarrollar más de una actividad por vez.

Si colocamos a las personas en distintos roles al azar, en otro tipo de situaciones reales, y ello incluso dentro del mismo entorno en el que habitualmente interactúan, la influencia del cambio de rol sobre las actividades y relaciones en las que participen será radical y, supuestamente, habrá de alterar el curso de sus acciones (Bronfenbrenner señala que esto no deja de ser una suposición ya que en realidad no tenemos pruebas experimentales claras a tal respecto). Lo cierto es que no tener en cuenta este detalle ha motivado que muchos experimentos tengan consecuencias psicológicas desastrosas para los sujetos experimentales y su entorno (un detalle sobre la escasa ética en algunos investigadores). Bajo un patrón ecológico de trabajo esos daños no se hubieran producido puesto que el investigador hubiera podido reconocer, a la hora de diseñar el experimento, los daños potenciales del mismo estando en disposición de evitarlos.

Un enfoque ecológico requiere de la alteración de la definición de rol generalmente aceptada. Esta definición, la aceptada, implica un marco de referencia fenomenológico pero no tiene en cuenta el elemento de reciprocidad básico para la orientación de los sistemas que estamos utilizando. Es por ello que redefinimos el concepto de rol de un modo más conveniente a nuestro modelo, así, aceptando la definición de Bronfenbrenner: “Un rol es un conjunto de actividades y relaciones que se esperan de una persona que ocupa una posición determinada en la sociedad, y las que se esperan de los demás, en relación con aquella”.

Los roles suelen identificarse con las etiquetas que se utilizan para designar distintas posiciones sociales en una cultura. Estos puestos, en general, se diferencian en función de la edad, el sexo, el parentesco, el estatus social, etc., aunque hay otros parámetros como el grupo étnico de pertenencia que pueden entrar en juego. En la práctica, la etiqueta de rol de una persona puede ser definida en respuesta la pregunta *¿quién es esa persona?*, desde la perspectiva de alguien que conoce a tal persona y el contexto social en el que se ubica.

Las denominadas por Bronfenbrenner *expectativas de roles*, hacen referencia al *cómo* ha de actuar una persona que ocupa una posición concreta, por un lado, y al *cómo* han de actuar los demás respecto de ella, por otro. Tales expectativas pertenecen no sólo al contenido de las actividades sino también a las relaciones entre las dos partes, en función de unos parámetros diádicos específicos. El propio Bronfenbrenner pone el siguiente ejemplo: Se supone que tanto un padre como un profesor dan orientación a los jóvenes y, por tanto, se espera que éstos últimos acepten tal orientación en una relación caracterizada por un nivel elevado de reciprocidad, afecto mutuo y equilibrio de poderes en favor del adulto. Pero, respecto del padre, se supone que el grado de reciprocidad y afecto mutuo ha de ser mayor y que la autoridad paterna abarca una parte

mayor de la vida del joven que la del profesor o al menos así se entiende en las sociedades occidentales.

Es evidente que el concepto de rol implica una integración de los elementos de actividad y relación en función de las expectativas de la sociedad. Pero como estas expectativas están definidas al nivel de la subcultura o de la cultura en su totalidad, el rol, que funciona como un elemento del microsistema, tiene sus raíces en el macrosistema, la ideología y las estructuras institucionales que se asocian con él. Por esto se explica que “es precisamente el hecho de que los roles estén incluidos en este contexto más grande, lo que les da el poder especial para influir en (e incluso imponer) el modo en que una persona se comporta en una situación determinada, las actividades en las que participa, y las relaciones que se establecen entre esa persona y las demás que están presentes en el entorno”.

Urie Bronfenbrenner reflejó el funcionamiento del microsistema como totalidad en dos proposiciones que constituyen un principio básico del enfoque ecológico y su método de investigación:

- a. Los diferentes tipos de entorno dan lugar a patrones distintivos de rol, actividad y relación para las personas que se convierten en participantes de esos entornos.
- b. Un entorno adquiere validez ecológica para la investigación de la conducta humana y el desarrollo sólo cuando se cumplen las dos condiciones siguientes: cuando el investigador investiga y llega a conocer el significado psicológico y social que la experiencia en el ambiente tiene para el sujeto, y cuando el significado subjetivo de la situación de la investigación corresponde a la experiencia ambiental a la que el investigador quiere generalizarla.

Es muy probable que la segunda proposición se viole en el transcurso de la mayoría de las investigaciones y, obviamente, la psicología experimental es cuestionable en este sentido al presentar grandes limitaciones. El problema es que en la mayor parte de los casos históricos se ha trabajado con animales y ello la ha salvado de una semejante puesta en cuestión que, al abordar la situación ambiental del ser humano, se hace evidente y necesaria. Porque un modelo de investigación que puede resultar adecuado para estudiar la conducta y el desarrollo de especies subhumanas no es ni puede ser suficiente para el caso humano. Los sociólogos se han dado cuenta de esto mucho antes que los psicólogos, y han buscado –y encontrado– un buen número de formas de eludir las nefastas consecuencias de la aceptación acrítica del modelo de trabajo impuesto por las ciencias naturales.

Los paradigmas de la Física y la Química tienen gozan de gran predicamento entre los psicólogos cuando en realidad ofrecen un fundamento erróneo al carecer de validez ecológica. Desde el punto de vista de la ciencia natural, es válido colocar los objeto en un vacío físico para que caiga. De esta forma pueden explicarse las leyes que rigen su conducta bajo un óptimo control, pero esto no sirve en el caso de las personas. Un ser humano no puede funcionar de forma óptima sumido en un vacío social. “Y [manifiesta Bronfenbrenner] como los seres humanos, al igual que todas las criaturas vivas, poseen fuertes mecanismos de supervivencia, lo primero que hace una persona en estas circunstancias es llenar el vacío con significado social”. Destaquemos que este tipo de problema no es privativo en absoluto de las situaciones de laboratorio. De hecho, los trabajos de campo basados en el prejuicio cientificista suelen general, muy a pesar de las precauciones del investigador, situaciones experimentales muy similares a las que se observan en cualquier laboratorio. Por ejemplo, cuando se pide a un sujeto que evalúe ciertos aspectos del ambiente en el que vive, éste, sin ánimo de mentir, tiende a situarse ante la expectativa generada por la investigación en curso y suele decir justamente aquello que al encuestador le interesa escuchar. Tanto el encuestador como el encuestado se comportan de acuerdo a las expectativas de rol que de ellos se tiene porque, al fin, la situación establecida es una situación social, pretendidamente aséptica, a la que inconscientemente se rellena de un contenido social.

CONCLUSIÓN: ALGUNAS NOTAS SOBRE EL MESOSITEMA

Urie Bronfenbrenner encontró al menos cuatro posibles tipos de relaciones entre los microsistemas:

- 1. Participación en entornos múltiples.** Forma más elemental de conexión entre los entornos ya que se requiere al menos una de sus manifestaciones para un mesosistema. Tiene lugar cuando una misma persona realiza cualquier tipo de participación que ha de producirse de manera secuencial, de suerte que podemos definir la participación en entornos múltiples como de los entornos en los que la persona participa. La existencia de esta red (este mesosistema) se establece cuando la persona ingresa por primera vez en un entorno nuevo: Cuando eso sucede estamos ante un ejemplo claro de transición ecológica. La persona que participa en más de uno de los entornos de un mesosistema es llamada *vínculo primario*. Las demás personas que participan en esos entornos son

denominadas *vínculos complementarios*. Una díada en uno de los entornos que incluya como miembro a una persona que sirva de vínculo es denominada *díada de vinculación*.

2. **Vinculación indirecta.** Cuando la misma persona no participa de manera activa en ambos entornos aún puede establecerse una conexión entre ellos a través de un tercero, que funciona como vínculo intermediario entre las personas de los dos entornos. Las personas que participan en ambos entornos ya no se encuentran cara a cara de modo que forman parte de una red de segundo orden entre entornos.
3. **Comunicaciones entre entornos.** Mensajes que se transmiten entre ambos entornos con la intención expresa de proporcionar información específica a las personas del otro entorno. La comunicación puede establecerse de muchas formas: cara a cara, por teléfono, por carta... Y puede ser unilateral o de doble sentido.
4. **Conocimiento entre entornos.** Información o experiencia que existe en un entorno con respecto de otro. Tal conocimiento puede obtenerse a través de comunicaciones entre entornos o de fuentes externas a los mismos como, por ejemplo, una biblioteca.

Desde nuestra perspectiva, el complejo bosquejo teórico de Bronfenbrenner se alarga, incluso, más allá del campo de lo social. La misma estructura física de las ciudades –e incluso de las casas– responde a una visión del mundo que va mucho más allá de las meras necesidades y restricciones que impone el medio ambiente. De tal modo, la elección de los modelos de diseño considerados *útiles* o *efectivos* por los diseñadores de espacios son, por consiguiente, modelos elaborados que han debido pasar una larga serie de cribas desde que son concebidos en el macrosistema, hasta que son levantados físicamente para transformarse en partes del microsistema o el mesosistema de los individuos. Podríamos decir que en lo que a la vida urbana respecta –entendida en el sentido amplio de vida social y física– no existe nada azaroso, no hay elementos dejados a su suerte ni cabos sueltos. Todo, si bien es algo a lo que no suele prestarse una gran importancia ya que forma parte de lo *aparentemente rutinario*, se encuentra en ella de alguna manera delineado con anterioridad. La experiencia del ambiente es algo que se enseña al sujeto desde que nace y que éste aprende, desarrolla y a su vez enseña a otros menos experimentados: Aquellos ambientes generados por culturas o subculturas que el sujeto en principio desconoce serán también, como es obvio, extraños y exóticos para él.

BIBLIOGRAFÍA

- Argyle, M. (1984). "Some new developments in social skills training". En: *Bulletin of the British Psychological Society*, 3, pp. 55-98.
- Boas, F. (1990). *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*. Barcelona, Círculo de Lectores.
- Bronfenbrenner, U. (1971). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona, Paidós.
- Broverman, I.H. et al. (1970). "Sex role stereotypes and clinical judgements of mental health". En: *Journal of Counseling and Clinical Psychology*, 34, pp. 1-7.
- Furnham, A. (1985). "Social skills training: a european perspective". En: L'Abate, L.; Milan, M.A. (eds.). *Handbook of social skills training and research*, New York, Wiley.
- Hall, J.; Beil-Warner, D. (1978). "Assertiveness of male anglo- and mexican-american college students". En: *Journal of Social Psychology*, 105, pp. 170-178.
- Inglehart, R. (1991) - *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid, Siglo XXI.
- Magnusson, D.; Statin, H. (1978). "A crosscultural comparison of anxiety responses in an interaction frame of reference". En: *International Journal of Psychology*, 13, pp. 317-322.
- Morris, D. (1970). *El zoo humano*. Barcelona, Plaza & Janés.
- Ovejero Bernal, A. (1990). "Las habilidades sociales y su entrenamiento: un enfoque necesariamente psicosocial". En: *Psicothema*, 2, 2, pp. 93-112.
- Pinillos, J. (1975). *Principios de psicología*. Madrid, Alianza.
- Rims, Y. (1976). "A note on personality, psychosocial disturbance and difficulty in social groups in two cultures". En: *Interpersonal Devices*, 2, pp. 91-95.
- Rivers, W.H.R. (1901). "Primitive colour vision". En: *Popular Science*, 59, pp. 44-58.
- Rossi, I.; O´Higgins, E. (1981). *Teorías de la cultura y métodos antropológicos*. Barcelona, Anagrama.
- Solomon, L.; Rothblum, E.D. (1985). "Social skills problems experienced by women". En: L'Abate, L.; Milan, M.A. (eds.) *Handbook of social skills training and research*, New York, Wiley.
- Spinks, P.; Moerdick, A. (1980). "A comparison of responses between Indian and European South Africans to the Taylor MAS". En: *International Journal of Psychology*, 15, pp. 32-52.

Trower, P. (1982). "Towards a generative model of social skills: A critique and synthesis". En: Curran, J.P.; Monti, P.M. (eds.). *Social skills training: A practical handbook for assessment and treatment*. New York, Guilford Press.